

gustaba la continuación de una lucha que satisfacía su amor propio y su codicia, en cambio al pueblo se le daba muy poco de la gloria militar, le inquietaba y disgustaba ver á sus príncipes reinar en París y en Londres, y hacía de mala gana sacrificios en hombres y en dinero. La mayoría de los ingleses no deseaban la anexión de Francia más que cuando sus ejércitos comenzaron á ser arrojados de allí, porque entonces el orgullo nacional humillado reclamaba un desquite.

Por consiguiente, Bedford para conquistar á Francia necesitaba encontrar dinero en Francia misma. El patrimonio real, arruinado por la guerra, producía escasas rentas, y en Champaña y en una porción de tierras normandas estas rentas eran nulas. El producto de la gabela era insignificante, de aquí la necesidad de recurrir á los impuestos extraordinarios, que el regente hizo votar las más de las veces por los Estados provinciales.

Los Estados de Normandía eran convocados á lo menos una vez al año, ora en una ciudad del «país de conquista», ora en París mismo. Las sesiones de los Estados en Normandía y en otras partes eran cortas y en ellas se votaba dócilmente el subsidio; raras veces las asambleas pusieron condiciones ó lograron rebajas. Las instrucciones dadas por los habitantes de Reims á los diputados que debían representarles en una reunión de Estados de Champaña y de Picardía celebrada en Amiéns en 1424, demuestran perfectamente hasta qué punto se creía poder modificar la voluntad del regente; aquellas gentes temían que los ingleses exigieran el restablecimiento de los subsidios, impuestos indirectos abolidos por Juan Sin Miedo en 1418, y en su consecuencia, el mandato que dieron á sus diputados fué que hicieran presente á los comisarios del rey, protestando, empero, de su obediencia y de su lealtad, que, según el tratado de Troyes, los súbditos del reino de Francia debían ser mantenidos en sus franquicias y antiguas libertades; que, por haber abolido los subsidios, Juan Sin Miedo se había conquistado el favor y el amor de la mayor parte del pueblo; que esta clase de impuesto era ruinosa para los súbditos sin gran provecho para el rey, y que sería preferible un impuesto directo, una talla. Consignábase además en él que, si se restablecían los subsidios, se eximiera de toda carga, por lo menos á los víveres de bajo precio, dada la miseria de las clases pobres; que una parte del impuesto se entregara á la ciudad para sus gastos, y finalmente, que la justicia de los subsidios fuese administrada con exactitud, sin gastos excesivos, «por buenas personas» que los habitantes elegirían.

Mediante unas pocas concesiones, pudo el regente conseguir que los Estados le votaran sumas considerables. Bien es verdad que en las comarcas devastadas por la guerra ó poco sometidas era con frecuencia imposible la percepción de los subsidios. De la Champaña casi nada podía obtenerse: las parroquias pertenecientes á señores borgoñones nada querían pagar; otras estaban abandonadas ó desiertas, y otras eran tan á menudo visitadas por los armagnacs, que los alguaciles del rey Enrique V no se atrevían á aventurarse en ellas. Normandía y la región parisiense soportaron casi solas el peso de aquellos impuestos extraordinarios, que allí podían ser regularmente percibidos. Los normandos fueron los que pagaron los gastos del sitio de Orleans.

A las tallas otorgadas por los Estados añádanse los subsidios percibidos con urgencia y las sumas que asambleas regionales votaban para fortificar una plaza ó situar un castillo. De suerte que Bedford recurría á los procedimientos que los reyes de Francia habían empleado desde el siglo XIV. A todo este dinero hay que agregar el producto del botín y de los rescates y las enormes contribuciones recaudadas en los países fronterizos, como el Maine, de los habitantes que se habían mantenido fieles á Carlos VII. Sin embargo, el oro así arrancado á una población diezmada y empobrecida se gastaba con economía y regularidad, pues los ingleses ponían en su contabilidad financiera el mismo orden y la misma precisión que en sus empresas militares.

El clero de Francia fué objeto de iguales seducciones, vigilancia y exigencias que la sociedad laica. Bedford hizo numerosos donativos á los conventos y á las iglesias de Ruán, y solicitó el honor de ser admitido canónigo de la catedral, y de los despojos de los armagnacs una parte importante fué para los prelados que abrazaron resueltamente la causa inglesa. Tal sucedió con Roberto Jollivet, el cual había abandonado en 1419 su abadía de Mont-Saint-Michel, enérgicamente defendida contra los ingleses por unos cuantos nobles normandos; Bedford le dió el disfrute de todas las rentas que el monasterio poseía en Normandía, y el buen apóstol, dejando que sus monjes ayunaran en la abadía sitiada, poníase en regla con su conciencia declarando que si ocupaba todos los bienes del convento era para conservárselos en toda su integridad. Los ingleses estaban tan seguros de él, que en 1424 le confiaron la dirección del sitio de Mont-Saint-Michel.

Mas no en todas partes encontraban la misma docilidad: en efecto, varios obispos y muchos párrocos habían preferido emigrar en tiempo de Enrique V antes que someterse, y otros inspiraban escasa confianza. El conquistador, algunas semanas antes de morir, había decidido que todos los beneficios del reino debían jurar la observancia del tratado de Troyes, y Bedford nombró varios comisarios encargados de recoger aquel juramento.

El regente encontró en la colación de beneficios un medio más eficaz para domar al clero. Al principio había creído que resultaría una habilidad la adopción de las doctrinas galicanas, y en una asamblea de Estados celebrada en París en 1424 declaró que quería mantener las antiguas franquicias de la Iglesia de Francia é impedir las empresas de los papas contra los decretos de los santos concilios y de los reyes; pero antes de que transcurriera un año firmaba una ordenanza por la cual las libertades galicanas quedaban sacrificadas (1). Aunque modificadas por el Parlamento de París, aquellas letras de 26 de noviembre de 1425 no dejaban al nombramiento «de los ordinarios y de los patronos» más que los beneficios que vacaran en marzo, junio, septiembre y diciembre; los demás, ó sean las dos terceras partes, quedaban abandonados al capricho del papa. No se trataba en aquellas letras de abrogar las elecciones episcopales, pero Bedford demostró muy pronto cómo entendía la libertad de las elecciones y de qué manera

(1) Respecto de las libertades galicanas en tiempo de Carlos VI, véase pág. 564.

pensaba aprovecharse del agradecimiento del Papado. Cuando en 1426 quedó vacante la sede episcopal de París, obligó á los canónigos de Notre-Dame á pedirle autorización para elegir un nuevo obispo, bajo pena de una multa de dos mil marcos de plata, y presentó un candidato oficial. Los canónigos dieron sus sufragios á otro, pero el elegido, ante las amenazas del regente, no se atrevió á tomar posesión de su dignidad, y el cabildo hubo de instalar muy pronto al candidato de los ingleses, nombrado por bula pontificia. Ya en 1423 un concilio de la provincia de Reims, celebrado en Noyón, se quejaba de los prelados indolentes y simoníacos á quienes el gobierno confiaba los obispados, acusándoles de ser instrumentos del regente para la destrucción de las libertades eclesiásticas.

Finalmente, el duque de Bedford obtuvo del papa Martín V una bula en la que se excitaba al clero de Francia á que pagara los subsidios que le pidiera Enrique VI en casos de necesidad. Los diezmos sucedieron á los diezmos, y sólo en el año 1428 el regente pidió dos. Los jueces apostólicos escogidos por la Santa Sede para entender de las cuestiones contenciosas á que tan enormes imposiciones daban lugar, eran los más leales auxiliares de la política inglesa: el obispo de Beauvais, Pedro Cauchón, el obispo de Therouanne, Luis de Luxemburgo, canciller de Enrique VI, y el arzobispo de Sens, que debía su sede al regente.

El duque de Bedford era, pues, un hombre de Estado y un hombre de guerra; tenía el mejor ejército de su tiempo y había adoptado la política más hábil, cual era conquistar Francia con la ayuda de los franceses y mediante el dinero de éstos, y contar, además de la poderosa alianza del duque de Borgoña, con la del papa; pero la empresa por él acometida ofrecía inmensas dificultades, porque el «reino de Bourges», es decir, la mitad de Francia, estaba por conquistar todavía, y la otra mitad, conquistada desde hacía tan poco tiempo, distaba mucho de mostrarse resignada.

CAPITULO II

EL REY DE BOURGES

I. Los restos de la monarquía de los Valois en 1422.—II. El rey, las revoluciones de palacio y la anarquía.—III. La política del rey de Bourges. Hacienda, ejército, diplomacia.—IV. Progresos de la invasión inglesa, 1422-1428.

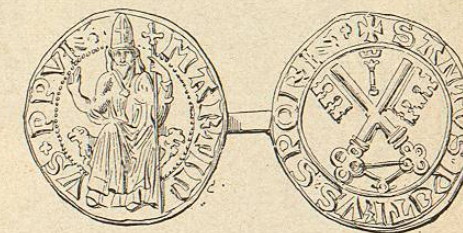
I.—Los restos de la monarquía de los Valois en 1422 (1)

El sobrenombre de rey de Bourges revela en tres palabras la debilidad del príncipe y lo poco que le estimaban sus adversarios; pero no debe engañarnos respecto de los verdaderos límites de la dominación de los armagnacs, puesto que en 1422 una mitad de la Francia reconocía como rey á Carlos VII.

(1) OBRAS DE CONSULTA. — Además de las obras, citadas una vez para siempre, de Beaucourt y de Vallet: Memoria de Longnon, «Revue des Questions historiques», tomo XVIII. Cosneau, *Le comte de Richemont*, 1886 (muy útil). Flourac, *Jean I comte de Foix*, 1884. Dognon, *Les Armagnacs et les Bourguignons en Languedoc*, «Annales du Midi», 1889. Huillard-Breholles, *La rançon du duc de Bourbon*, «Mémoires présentés à l'Académie des Inscriptions», tomo VIII. Didier Neuville, *Le Parlement royal à Poitiers*, «Revue historique», tomo VI.

Los ingleses, según hemos visto, ocupaban casi toda la región del Norte, desde el valle del Mosa hasta la bahía de Mont-Saint-Michel, y apenas si en aquellos países había algunas plazas fuertes que aún reconocían la autoridad de Carlos VII; pero en el Loira y al Sur de este río, el rey había conservado ó reconquistado las tierras del patrimonio, real poseyendo la Turena, el Berri y el Poitou, que fueron sus provincias predilectas, el Agenais, el Quercy y el Rouergue. En 1420, un rápido viaje de Carlos al Languedoc había atraído nuevamente á su causa á esta hermosa provincia que le aseguraba las comunicaciones con el Delfinado y con la leal ciudad de Lyon. En todas estas tierras patrimoniales, las «buenas ciudades» eran las que podían prestar al rey eficaz ayuda, y en efecto desempeñarán un papel importante en la liberación nacional.

Excepción hecha del duque de Borgoña, ningún gran



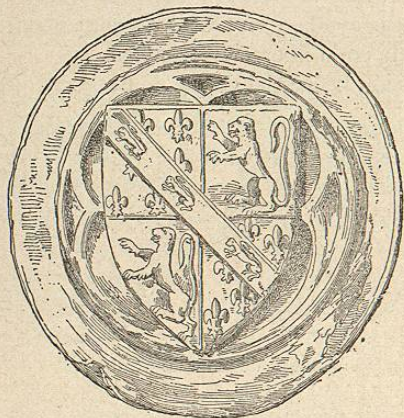
Moned de plata de Martín V

señor francés prestaba un apoyo serio á los ingleses. Juan V, duque de Bretaña, firmó en Amiéns, en 1423, una alianza con el duque de Bedford y el duque de Borgoña, pero en la comarca en donde vivía aún la viuda de Du Guesclin tenía Carlos gran número de partidarios. El mismo Juan V no estaba en modo alguno resuelto á sostener eficazmente á los ingleses: la Bretaña, assolada por las luchas del siglo XIV, había recobrado la tranquilidad y renacía en ella el comercio, y su duque, acostumbrado á proceder casi como un soberano independiente, pensaba sobre todo en asegurarla contra la reproducción de los males de la guerra.

En el Sudoeste, los grandes feudatarios guardaban también una actitud reservada por idénticas razones: el más poderoso de ellos era Juan de Grailly, conde de Foix, vizconde de Bearn, de Marsán, de Gavardán y de Nebouzan. La casa de Foix tenía importantes posesiones en Cataluña y proyectaba ser dueña de las dos vertientes de los Pirineos; codiciaba la Navarra y había de acabar por absorberla. Juan de Grailly no cesó, hasta su muerte, de aumentar sus dominios y de mantener en ellos la paz en medio del general desorden; en 1418-1419 había encontrado modo de hacerse reconocer teniente del rey en Languedoc, primero por el delfín Carlos y luego por el partido anglo-borgoñón, y se había presentado en aquel país como un pacificador con la pretensión de permanecer neutral entre ambos partidos. Enrique V, en los últimos días de su vida, creía poder contarle en el número de sus aliados; pero ya el conde de Foix había reanudado secretamente sus relaciones con el delfín.

En el centro de Francia, desde la jornada de Azincourt, todos los grandes feudos habían perdido á sus jefes: el conde de Nevers había perecido en las batallas y su viuda, que más tarde debía casar con el duque de Borgoña, se había comprometido con este príncipe á

observar la neutralidad. Igual promesa había hecho la duquesa de Borbón: su marido, Juan I, estaba cautivo en Inglaterra, y ella tenía que defender sus dominios contra las incursiones de los salteadores y las codicias de su vecino el duque de Saboya, y debía además pagar el enorme rescate de su esposo. Los ingleses, especulando con la debilidad de su prisionero, que había llegado á prometer la aceptación del tratado de Troyes, aumentaban sin cesar sus exigencias, pidiendo finalmente una suma total de 254.000 escudos. La duquesa, imposibilitada de luchar contra tal rapacidad, se entregó á unos intrigantes italianos que precipitaron su ruina, y no pudo acabar nunca de pagar el rescate, mu-



Sello del conde de Vendome

riendo en el cautiverio Juan I. El duque de Orleans y los condes de Angulema y de Vendôme eran también prisioneros de los ingleses; pero Carlos VII disponía siquiera de sus dominios. En cuanto á Luis III, duque de Anjou y conde del Maine, había partido en 1420 á la conquista del trono de Nápoles; los ingleses codiciaban sus tierras y se habían establecido en el Maine.

De manera que los príncipes de la sangre, sostenes naturales del rey, estaban cautivos ó ausentes, excepción hecha del más poderoso, el duque de Borgoña, que era amigo de los ingleses. El duque de Bretaña y los barones del Mediodía permanecían en actitud equívoca y cuando menos los ingleses no podían contar con su ayuda.

El rey de Bourges tenía un personal de gobierno. Juan Sin Miedo había cometido una grave falta cuando después de su entrada en París, en 1418, había destituido á casi todos los funcionarios de administración y de justicia, pues con ello había confundido en una misma proscripción á algunos armagnacs probados y á una porción de hombres de bien partidarios hasta entonces de la paz y de la conciliación, los cuales se pusieron al servicio del delfín Carlos, siendo ellos indudablemente los que trataron de reconstituir una administración al Sur del Loira.

Bourges y Poitiers fueron las dos capitales. Bourges, con sus cuarenta iglesias y sus oficios florecientes, era entonces una de las poblaciones más grandes de Francia. «Fuimos grande y notablemente recibidos en ella,» decía más tarde Carlos VII en una carta que otorgó á sus habitantes. Allí residía, la Cámara de las Cuentas; el Gran Consejo residía, ora en Bourges, ora en Poitiers, y una delegación ambulante seguía al rey en sus cambios

de residencia; el Parlamento había sido instalado en Poitiers, adonde fué á establecerse también el Tribunal de Subsídios reorganizado en 1425.

Desgraciadamente era muy difícil administrar y gobernar el reino de Bourges. La historia del Parlamento de Poitiers demuestra lo que valía y podía aquel personal monárquico, reducido y empobrecido, que se había reformado en torno del legítimo heredero: valía mucho, pero no podía casi nada. Los consejeros, en su mayoría antiguos miembros del Parlamento de París, despojados de sus cargos y de sus bienes por la persecución borgoñona, eran hombres respetables y llenos de celo, pudiendo citarse como ejemplo Juan Jouvenel; pero el desorden era, por desgracia, tan grande, que un tribunal de justicia resultaba una rueda casi inútil. El Parlamento vegetaba en la inacción y en la miseria, pues la poca autoridad y los escasos recursos de que aún disponía Carlos eran presa, como veremos, de despreciables favoritos; pero, en su impotencia, el Parlamento de Poitiers, guardián de las tradiciones monárquicas, podía proporcionar al rey buenos consejeros cuando quisiera tenerlos, y era, por ende, una reserva para el porvenir.

II.—El rey, las revoluciones de palacio y la anarquía (1)

El punto más débil del partido de Carlos VII era la persona misma del monarca. En 1422, su causa no era desesperada, y si aquel rey hubiese poseído las cualidades de un Enrique de Navarra, el ardor y la afición á la guerra, si hubiese dedicado su juventud á conquistarse atrevidos partidarios y á batir la campaña dando buenas lanzadas, Francia habría recobrado su independencia quince años antes.

Pero Carlos VII era el menos belicoso de los hombres y vivía oculto en uno de aquellos castillos en que transcurrió su soñolienta juventud, arrodillado en su oratorio mientras los ingleses le quitaban su reino. Contaba diez y nueve años cuando subió al trono, y toda su vida fué flacucho y débil; tenía las piernas cortas, era patizambo y andaba trabajosamente. Sus retratos (2), así los que le representan en su juventud como los que

(1) FUENTES.—Crónicas de Guillermo I Cousinot (capítulos 199 á 223) y de Cousinot II de Montreuil (capítulo 13 á 26) en: Vallet de Viriville, *Chronique de la Pucelle*, 1859; Berry (páginas 373 y siguientes) en Dionisio Godefroy, *Histoire de Charles VII*, 1661 (nueva edición en preparación para la «Société d'histoire de France»); Guillermo Gruel (capítulos 1 á 47), edición Le Vasseur, 1890; Miguel de Bernis (págs. 594 y siguientes) en Bachon, *Choix de chroniques*, 1838 (con el nombre inexacto de Miguel del Verms). Guerin, *Documents concernant le Poitou* (introducción importante), «Archives historiques du Poitou», 1896 y 1898. Solyer, *Actes de Charles VII aux Archives du Cher*, 1898. De Beaucourt, *Lettres de Richemont*, «Revue d'histoire nobiliaire», 1882. La Tremoille, *Les La Tremoille pendant cinq siècles*, tomo I, 1890.

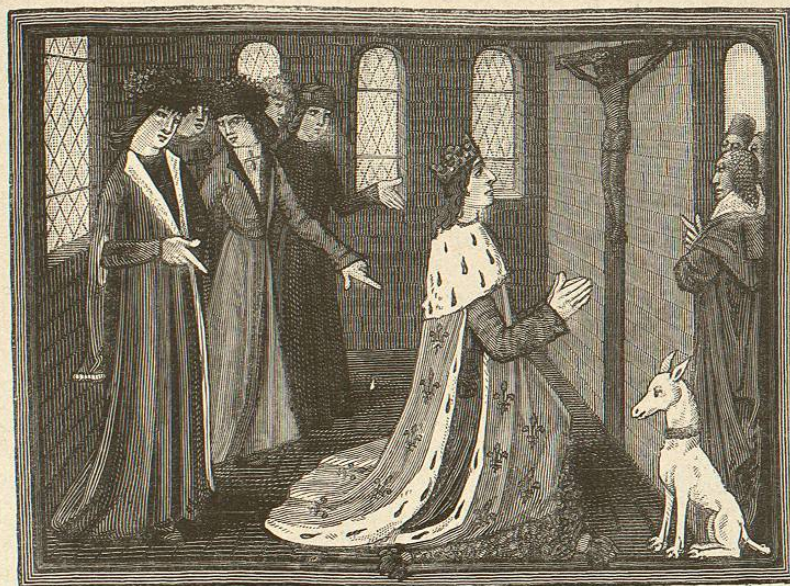
OBRAS DE CONSULTA.—Además de los trabajos de D. Neuville, Cosneau, Flouzac: De Beaucourt, *Le caractère de Charles VII*, «Revue des Questions historiques», tomo IX. Le Vasseur, *Valeur historique de G. Gruel*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», 1886-1887 (importante). Trabajos de Baudet, «Revue d'Auvergne», 1894, y de Clemente Simón, «Revue des Questions historiques», nueva serie, tomo XIV, 1895. Anónimo, *Tanguy du Chastel*, «Bulletin de la Société Académique de Brest», 1893-1894. *Histoire du Languedoc*, nueva edición, tomo IX. Dognon, *Les institutions du pays de Languedoc*, 1896.

(2) Reproducidos en el *Album* de la obra de M. de Beaucourt.

le representan al fin de su vida, ofrecen el mismo aspecto envejecido y fatigado: su cabeza es voluminosa y fea, su nariz larga, sus labios gruesos y sensuales, sus mandíbulas grandes y sus ojos pequeños y apagados. Es el hijo de un loco y de una mujer galante, agobiado desde su infancia por una existencia trágica y por el peso de un destino demasiado grave para sus débiles hombros. Los cronistas que le conocieron y que no tenían interés en adularle, como el borgoñón Chastellain, dicen que el rasgo principal de su carácter era la inquietud, la desconfianza, el amor á la soledad. Tenía terrores enfermizos: cuando estaba en la mesa y veía á un desconocido, helábase su sangre y no podía seguir

del 29 de mayo de 1418 se había llevado á Carlos en brazos, «hombre muy peligroso, ardiente, arrebatado y prematuro,» era un servidor enérgico y leal, pero ladrón tan descarado como Juan Louvet. Pedro Frotier, jefe de las caballerizas, y el médico Cadart eran, con Louvet y Tanguy du Chastel, los principales autores del crimen de Montreuil, y todos por igual se aprovechaban, con cínica avidez, de la real complacencia. El señor de Giac, el baillío Guillermo de Avangour y el obispo de Laón, Guillermo de Champeaux, completaban aquella cuadrilla de parásitos.

Todos estos hombres eran armagnacs comprometidos para siempre por sus pasados excesos y que nada bu-



Carlos VII, rey de Bourges. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

comiendo: «No estaba en ninguna parte seguro ni en parte alguna fuerte.» Sin embargo, tenía algunas cualidades que se desenvolverán cuando vendrá la suerte propicia, tales como rectitud de juicio, afabilidad y afición á las cosas de la inteligencia, pero su debilidad le ponía bajo el dominio de los que le rodeaban; así es que valió lo que valieron sus favoritos.

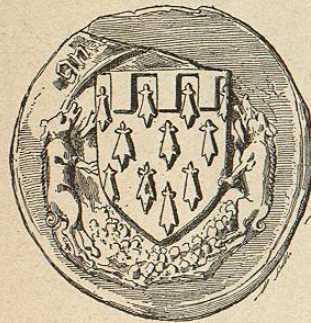
No existe prueba alguna de que Carlos VII hubiese tenido queridas en los comienzos de su reinado. El obispo Juan Juvenal de los Ursinos, que no era un adulator, escribía en 1433: «Su vida es agradable á Dios y no tiene ningún vicio.» Su vida conyugal fué al principio, según parece, regular y afectuosa; la reina María de Anjou era una mujer plácida y bondadosa, y el poeta Martín Lefranc ensalza su resignación en términos un tanto hiperbólicos: «Porque en virtuoso sufrimiento, en el período del común desorden mostró más valor que ningún sabio príncipe ni rey altanero.» No tenía más voluntad que la de su esposo y no desempeñó ningún papel político. Favoritos, y favoritos indignos fueron los que gobernaron en los primeros años de su reinado. Juan Louvet, en otro tiempo al servicio del duque de Anjou, dirigía toda la administración financiera; el era quien hacía acuñar moneda mala, quien empeñaba las joyas de la corona á usureros y quien se reservaba para sí la mayor parte del provecho. El viejo bretón Tanguy du Chastel, que en la sangrienta noche

no podían esperar de una reconciliación entre el rey y el duque de Borgoña, y por esto se oponían con todas sus fuerzas á los proyectos de aproximación. Su solo objeto era vivir al día y prolongar indefinidamente aquella situación provisional, para ellos tan fructífera; tenían secuestrado al rey, y á pretexto de velar por su vida le impedían que se mostrara en público y mantenían en él aquella timidez, rayana en monomanía, que paralizaba sus buenas intenciones.

A pesar de ello, no tardaron en ser suplantados. La inteligente é imperiosa suegra del monarca, Yolanda de Aragón, viuda de Luis II de Anjou, rey de Sicilia, se había impuesto la misión de defender contra los ingleses el Maine y el Anjou, herencia de su hijo Luis III. Bedford había reclamado aquellas provincias y quería apoderarse de ellas por cuenta propia, y por consiguiente Yolanda tenía un interés directo en organizar la defensa contra la invasión inglesa y en favorecer una reconciliación entre el rey y el duque de Borgoña; pero para esto era menester, ante todo, alejar á los consejeros armagnacs. La reina de Sicilia no podía contar con su primogénito Luis III, ocupado en perseguir la quimera de un trono italiano, ni con su segundo hijo Renato, todavía adolescente, que vivía en Lorena, en vista de lo cual dirigióse á la casa de Bretaña. Si conseguía apartar á Juan V de la alianza inglesa y asegurarle una parte activa en el gobierno, lograba de un solo golpe

dos cosas importantes: Bedford tendría un enemigo más en las fronteras normandas y los favoritos de Carlos habrían de abandonar la corte, porque el duque de Bretaña no podría olvidar seguramente que en 1420 su rival, el conde de Penthièvre, le había atraído a una emboscada y retenido prisionero en complicidad con Louvet, Frotier y Tanguy du Chastel.

A partir de 1423 comenzó una serie de intrigas para hacer prevalecer la influencia bretona, que dió por resultado la promoción de Arturo de Bretaña, conde de Richemont, al cargo de condestable en 7 de marzo de 1425. Richemont era un hombre de treinta y dos años, interesado, ambicioso y ceñudo (1), pero muy devoto; como prueba de esto último, su panegirista, Guillermo Gruel, dice que nadie en su tiempo hizo quemar tantos



Sello de Arturo de Bretaña,
conde de Richemont

brujos como él. Su piedad, sin embargo, no le había impedido, durante su juventud, quebrantar con frecuencia sus amistades y sus juramentos: amigo de infancia de Felipe el Bueno, dejóse arrastrar en 1410 al partido armagnac y cayó prisionero de los ingleses en Azincourt; puesto en libertad provisional, no vaciló en hacer traición al delfín para obtener su libertad definitiva, y sirvió con todas sus fuerzas al rey de Inglaterra, conquistándole la alianza de Juan V. Mas no habiendo podido recobrar su libertad completa, apeló a un segundo perjurio: a la muerte de Enrique V, pretextando que la desaparición de su vencedor le desligaba de sus promesas, negóse a constituirse nuevamente prisionero, contra todas las leyes de la guerra. Y sin embargo, aquel personaje poco seductor valía más que los favoritos de Carlos VII: era un guerrero, dotado ciertamente de un genio mediano, pero asimismo de tenacidad, de amor a la autoridad y a la exactitud, de desdén hacia los torneos y placeres fútiles y de horror a la indisciplina.

Richemont anunció que trabajaría para restablecer el orden en el gobierno y en el ejército y la paz entre el rey y el duque de Borgoña. Había casado con la hermana de Felipe el Bueno, Margarita, viuda del delfín Luis, duque de Guiena, y por consiguiente cuñada de Carlos VII, y como los bienes de su esposa estaban situados en Bretaña, no se podía dudar de la sinceridad de Richemont, ya que tenía interés en mantener su palabra. Era hombre capaz de llegar hasta el fin en cualquier empresa que acometiera; los trágicos sucesos del reinado de Carlos VI le habían acostumbrado a la acción violenta, del mismo modo que le habían movido a no respetar gran cosa las voluntades del rey.

Los consejeros armagnacs resolvieron desembarazar-

(1) Carlos de Orleans le llamaba «mi viejo hocico» (Cartas publicadas en Cosneau, *Le connétable de Richemont*, apéndices números 2 y 3). Un dibujo al lápiz de la colección Gaignières, hecho sobre un antiguo retrato del condestable, está reproducido en Montfaucon, *Monuments de la monarchie française*, tomo III, lámina LI, fig. 10.

se inmediatamente de él, y aprovechando una ausencia suya, Louvet hizo expulsar del Gran Consejo a todos los partidarios de la alianza bretona, y llevándose al dócil Carlos VII a Poitiers, reunió allí un ejército. Richemont regresó apresuradamente a Bourges, y de acuerdo con la reina de Sicilia y con el duque de Bretaña dirigió a los habitantes de las buenas ciudades una circular en la cual reclamaba su apoyo contra los favoritos del rey, contra aquella gentuza que pretendía impedir el acceso a la corte a los príncipes de la sangre. Todas las buenas ciudades, excepto dos, accedieron a su demanda, y a Bourges acudieron multitud de nobles que ofrecieron su espada al condestable.

Carlos VII cedió, siguiendo el consejo de Tanguy du Chatel, y Louvet fué enviado con una comisión al Delfinado, a fin de cubrir las apariencias. Tanguy, Frotier, Cadart y d'Avanzour se expatriaron, y en una asamblea de señores y diputados de las buenas ciudades, celebrada en Bourges en el mes de junio de 1425, el rey declaró: «que comprendía perfectamente el mal consejo que en tiempo pasado había tenido, y que en lo sucesivo quería dejarse guiar por un buen consejo y hacer todo lo que quisieran aconsejarle su leal hermano de Bretaña y su condestable.»

Un tratado firmado en Saumur en 7 de octubre selló aquella reconciliación entre Carlos VII y la casa de Bretaña; pero la política de Juan V era demasiado sutil y variable para que aquel pacto pudiese ser de resultados duraderos. La llegada de Richemont a la corte en nada modificó la situación de las cosas; el tesoro real no era dilapidado por las mismas personas, pero las dilapidaciones continuaban en tan alto grado como antes: en vez de gentes de baja estofa, eran grandes señores los que ahora se repartían el botín, y si el condestable daba pruebas de cierto rubor, en cambio la reina Yolanda, el conde de Clermont y el conde de Vendôme, regresados de su cautiverio en Inglaterra, eran pedigüños infatigables. El conde de Foix, juzgando la ocasión propicia, reconcilióse definitivamente con Carlos VII, y residió durante diez y ocho meses en la corte de Francia, haciéndose conceder por el rey el condado de Bigorre y el vizcondado de Lautrec, con una pensión anual de 24.000 libras tornesas, y la lugartenencia del Langüedoc, de la que iba a sacar el más escandaloso provecho. Una vez saciada allí su codicia, fuése al Mediodía a ejercer su fructuoso virreinato.

La llegada de Richemont tampoco podía modificar el carácter de Carlos VII, el cual volvió a ponerse bajo la tutela de un hombre viciado, Pedro de Giac, su primer chambelán. Era éste un antiguo consejero de Juan Sin Miedo, que había asesinado a su primera mujer para poder casarse con la rica condesa de Tonnerre, Catalina de l'Isle-Bouchard, y a quien Richemont trataba con grandes consideraciones a causa de sus tendencias borgoñonas. Giac adquirió increíble ascendiente sobre Carlos VII: un día hizo arrestar a uno de los más notables consejeros, el anciano Roberto le Maçon, tívole en la cárcel, a pesar de dos órdenes formales del rey, y no lo puso en libertad sino mediante un rescate de mil escudos, una parte del cual la pagó el monarca.

Giac podía reirse impunemente de un rey semejante, pero cometió la imprudencia de contrariar la política del vengativo Richemont, y particularmente sus ensa-



ARTÚS DE BRETAÑA, CONDE DE RICHEMONT, CONDESTABLE DE FRANCIA
(De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París)